



## FAMIPED

**Familias, Pediatras y Adolescentes en la Red. Mejores padres, mejores hijos.**

## Nadie es invulnerable

**Autor/es:** PHIL. Padre de una hija y un hijo.  
[Volumen 5. N.º3. Septiembre 2012](#) [1]

Aprendí a patinar con patines clásicos, pues los Roller no existían entonces, desde muy joven, en Francia, donde viví durante 24 años.

En aquella época no se consideraba la necesidad de llevar casco para practicar ese deporte, ni siquiera para montar en bicicleta, ni había obligación de llevarlo para montar en moto, por lo que me crié con esa costumbre y fui mejorando en la práctica del patinaje alejado de la conciencia de esa falta de protección.

Más tarde, debido a los estudios y, luego, al trabajo, dejé de practicar ese deporte durante algunos años, retomándolo (esa vez con patines en línea) al poco de nacer mi hija, ya aquí en España.

Aunque la concienciación sobre la necesidad de llevar casco en el ciclismo profesional y otros deportes ya estaba arraigada, llevarlo para practicar Roller no me parecía tan necesario (ni se lo parece hoy todavía a mucha gente), pues lo dominaba bien y, si sufría alguna rara caída, siempre tenía como consecuencia un raspón en un brazo, a lo peor. Sin embargo, y paradójicamente, cuando empecé a enseñar a patinar a mi hija, sí me pareció importante protegerle la cabeza con un casco. Pues las caídas hacia atrás, cuando no se dominan los patines, son frecuentes, y el riesgo de que la parte trasera del cráneo golpee el suelo es elevado.

Pasados muchos años, ya con mi segundo hijo, tomé por costumbre ir a patinar todos los sábados o domingos sobre la pista de un velódromo cercano a mi hogar. Mi hijo me acompañaba siempre, a veces con sus patines (y con sus protecciones), pero, mucho más a menudo, con una bicicleta o con un balón. Jugábamos al fútbol o al balonmano (el velódromo tenía canchas de baloncesto y una pista de fútbol sala en su centro) durante una hora; luego, él se juntaba con sus amigos para seguir jugando y yo calzaba mis patines y empezaba a dar vueltas por el velódromo durante, a veces, más de dos horas, subiendo por las partes elevadas de la pista y cogiendo velocidad en las pendientes, adelantando, por las partes inclinadas y elevadas, a ciclistas que solo daban vueltas por la parte baja de la pista. Acababa agotado, pero feliz de haber pasado unos momentos descargando adrenalina.

Así, casi cada fin de semana, durante varios años.

Un día de la primavera, un sábado como muchos otros, mi hijo y yo llegamos al velódromo; jugamos un poco al

balonmano (era el deporte que practicaba él entonces) tras lo que él pasó a jugar con sus amigos y yo calcé mis patines, como venía haciéndolo habitualmente.

Recuerdo algunas vueltas por la pista, y recuerdo que me detuve un momento en una de sus partes elevadas, cerca del murete que la delimitaba, mirando hacia abajo y esperando a que se alejasen un padre y sus hijos, que daban vueltas con sus bicicletas, para tomar la bajada a toda velocidad y sortear las canchas de baloncesto zigzagueando. En mi recuerdo, lo hice. ¿Pero lo hice de verdad? ¿O tengo el recuerdo de algo que planeaba hacer? Ése es el recuerdo más claro que tengo de aquella tarde.

El siguiente es que abrí los ojos y lo primero que vi fue a una mujer vestida de blanco, más allá del pie de una cama en la que yo estaba tumbado. La mujer estaba ocupada con unos tubos y unas botellas, o eso creo recordar, y se giró hacia mí. Me saludó y me preguntó si sabía dónde estaba. Le contesté que no. Me dijo que estaba en el hospital y me preguntó si sabía qué me había pasado y le volví a responder que no. Me contó, entonces, que me había caído patinando, a lo que reaccioné con extrañeza e incredulidad. “¿Que me he caído patinando y por eso estoy en un hospital? ¿Yo?” Pensé para mí mismo, engreído de mí, creyéndome invulnerable.

Creo que luego me volví a dormir.

Mis recuerdos de los días siguientes son vagos en su gran mayoría, pero son de cansancio, mucho cansancio, de dificultades para sentarme en la cama y de falta total de fuerzas, aunque sólo fuese para llevar una cuchara de comida a mis labios, para lo que tenía que ayudarme mi mujer. Recuerdo a mi mujer, también, ayudándome a levantarme y empleando todas sus fuerzas para soportar mi peso por el pasillo para llevarme a la ducha; quitándome ella la ropa, porque yo no podía; sentándome en un banco de plástico porque yo no aguantaba de pie ni medio segundo, y empapándose ella entera, vestida, mientras me duchaba. Incluso tuvo que hacerlo hasta más de un mes después de volver a casa.

Durante esos días, o más tarde (ya no lo recuerdo), me enteré de que había sufrido un traumatismo craneoencefálico severo. Había tenido que ser intervenido de urgencia aquél mismo sábado por la tarde, porque un golpe en el lado izquierdo de mi cráneo había provocado la rotura de una arteria y una hemorragia interna que provocó una presión excesiva en mi cerebro, haciéndome entrar en un coma del que salí cuatro días después.

No sé qué ocurrió aquel sábado en el velódromo. No tengo ningún recuerdo más. Lo único que sé es que mi hijo se puso a buscarme con la vista mientras jugaba con sus amigos, y no me localizaba; uno de sus amigos le avisó de que yo estaba tirado en medio de la pista. Mi hijo se acercó corriendo, para descubrirme en el suelo, rodeado de gente, con un ojo rojo hinchado como una pelota de tenis y sangre saliendo por mis oídos. Protección Civil llegó rápido y, al parecer, me levantaron los técnicos y me metí en la ambulancia sujetándome a ellos, pero consciente. Uno de los técnicos (conocido largo tiempo después y quien me contó lo ocurrido en la ambulancia) avisó al conductor de que se diese prisa porque me estaba “perdiendo”. Al parecer, en el hospital empecé a hablar en francés y a divagar. No tengo ningún recuerdo de aquello. Hay un agujero negro y profundo de cuatro días en mi vida y otros cuantos días borrosos.

Luego vinieron los momentos de intentar recuperarme, hasta que descubrí que había perdido el olfato y que los momentos de concentración o de estrés me provocan dolores de cabeza y mucho cansancio. El agotamiento intelectual frecuente me obligó a dejar mi trabajo habitual de responsable financiero y contable.

Pero si las consecuencias para mí y para mi vida habitual han sido importantes, no quiero omitir lo que sufrió mi familia en aquellos momentos. Al fin y al cabo, yo estuve dormido cuatro días, sin enterarme de nada, pero en mi casa hubo llanto, ansiedad, miedo, e, incluso, cierto traumatismo, pues mi hijo (de once años entonces) quedó muy afectado por lo sucedido y por lo que vivió, y doy gracias a Dios porque me permitió volver a estar con él ya que, de no ser así, creo que jamás se hubiese repuesto de aquellos momentos de angustia, y la última imagen que hubiera tenido de su padre habría sido la de mi cabeza deformada y sangrando, por culpa de un golpe que hubiera sido mucho menos importante de habérmela protegido con un casco.